

➤ *Fiesta de la Santísima Trinidad Año A (2014). Un saludo de San Pablo que es una conocida fórmula trinitaria: «El amor de Dios Padre, la gracia de Jesucristo, la comunión del Espíritu Santo, estén con todos vosotros». Una referencia frecuente de los cristianos a la Trinidad es la invocación del santo nombre de Dios – con las palabras «en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo» – que acompañan la señal de la Santa Cruz, que es la señal del cristiano. En el principio de un trabajo, en el principio del día, antes de las comidas, cuando se emprende un viaje, etcétera. Los novios se unen en el matrimonio, en el nombre de la Trinidad; recibimos el sacramento del sacerdocio los sacerdotes, en el nombre de la Trinidad; son remitidos nuestros pecados en el sacramento de la Reconciliación... hemos iniciado la celebración de esta santa Misa en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y la acabaremos, dentro de poco, con la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El rostro de Dios: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo.*

❖ Cfr. Fiesta de la Santísima Trinidad Año A, 15 de junio de 2014

Éxodo 34, 4-6.8-9; 2 Corintios 13; 11-13; Juan 3, 16-18

Éxodo 34, 4b-6. 8-9: 4 En aquellos días, Moisés subió de madrugada al monte Sinaí, como le había mandado el Señor, llevando en la mano las dos tablas de piedra.
5 El Señor bajó en la nube y se quedó con él allí, y Moisés pronunció el nombre del Señor. 6 El Señor pasó ante él, proclamando: -«Señor, Señor, **Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad.**» 8 Moisés, al momento, se inclinó y le adoró 9 diciendo: -«Si he obtenido tu favor, que mi Señor vaya con nosotros, aunque ése es un pueblo de cerviz dura; perdona nuestras culpas y pecados y tómanos como heredad tuya.»

2 Corintios 13, 11-13: 11 Alegraos, enmendaos, animaos; tened un mismo sentir y vivid en paz. Y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros. Saludaos mutuamente con el beso ritual. Os saludan todos los santos. 13 **La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo esté siempre con todos vosotros.**

Juan 3, 16-18: 16 **Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.** 17 Porque Dios no mandó su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él. 18 El que cree en él no será juzgado; el que no cree ya está juzgado, porque no ha creído en el nombre del Hijo único de Dios.

1. Un saludo de San Pablo que es una conocida fórmula trinitaria.

El amor de Dios Padre,
la gracia de Jesucristo,
la comunión del Espíritu Santo,
estén con todos vosotros.

- En la segunda lectura de hoy, que es la conclusión de la segunda Carta de san Pablo a los Corintios, se lee un saludo del Apóstol que es una conocida fórmula trinitaria: “La gracia del Señor Jesucristo y el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros” (13,13). Estas palabras forman parte del saludo inicial en la celebración eucarística.

- **a) La Santísima Trinidad no es el producto de razonamientos humanos, es el rostro con el que Dios mismo se ha revelado.**

Es precisamente Jesús quien nos ha revelado al Padre y quien nos ha prometido al Espíritu Santo, fuego que nos enseña precisamente lo que nosotros no sabemos, nos guía, nos da buenas ideas e inspiraciones.

- **Francisco, Rezo del Angelus**, 26 de mayo de 2013. “La Santísima Trinidad no es el producto de razonamientos humanos, es el rostro con el que Dios mismo se ha revelado, no desde lo alto de una cátedra, sino caminando con la humanidad, y es precisamente Jesús quien nos ha revelado al Padre y quien nos ha

prometido al Espíritu Santo. Dios ha caminado con su pueblo en la historia del pueblo de Israel. Y Jesús ha caminado siempre con nosotros. Nos ha prometido el Espíritu Santo que es el fuego y nos enseña todo eso que nosotros no sabemos, que dentro de nosotros nos guía, nos da buenas ideas y buenas inspiraciones.

Hoy alabamos a Dios no por un misterio particular, sino por Él mismo, "por su gloria inmensa", como dice el himno litúrgico. Lo alabamos y le damos gracias porque es Amor, y porque nos llama a entrar en el abrazo de su comunión, que es vida eterna".

o **b) Desde ahora somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad.**

- **Catecismo de la Iglesia Católica, n. 260:** "Desde ahora somos llamados a ser habitados por la Santísima Trinidad: "Si alguno me ama - dice el Señor - guardará mi Palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada en él" (Juan 14, 23).

2. Una referencia frecuente de los cristianos a la Trinidad es la invocación del santo nombre de Dios – con las palabras «en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo» – que acompañan la señal de la Santa Cruz, que es la señal del cristiano.

❖ a) Son unas palabras familiares para para los cristianos.

- Nos resulta familiar a los cristianos la referencia a la Trinidad: cada vez que hacemos la señal de cruz pronunciamos el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y si se hace con atención, con verdadera fe, queda claro el significado de ese hacer la señal de la cruz acompañando las palabras con el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo: se quiere manifestar que lo que se hace - el principio de un trabajo, el principio del día, antes de las comidas, cuando se emprende un viaje, etcétera -, o lo que se recibe - los sacramentos, por ejemplo -, se hace o se recibe «en el nombre de», es decir «por la autoridad», o «por el poder» o «por gracia», del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.
- En el umbral de nuestra vida se nos dijo: "Yo te bautizo en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo..."
- Y en el momento del fallecimiento se dice: "Parte, alma cristiana, de este mundo, en el nombre del Padre que te ha creado, del Hijo que te ha redimido, del Espíritu Santo que te ha santificado..."
- Y entre estos dos extremos: en el nombre de la Trinidad los novios se unen en el matrimonio, en el nombre de la Trinidad recibimos el sacramento del sacerdocio los sacerdotes, en el nombre de la Trinidad son remitidos nuestros pecados en el sacramento de la Reconciliación... hemos iniciado la celebración de esta santa Misa en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Y la acabaremos, dentro de poco, con la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

❖ b) En la oración sobre las ofrendas, pedimos que - por la invocación de su nombre - sea santificada nuestra vida y hecha oblación perenne a Dios.

- "Santifica, Señor, Dios nuestro, por la invocación de tu santo nombre la ofrenda de nuestro filial servicio y a nosotros transfórmanos en oblación perenne."

3. El contenido de nuestra fe: el deseo de descubrir el rostro de Dios. A) Dios Padre, B) Dios Hijo y C) Dios Espíritu Santo.

❖ A) Uno de los rasgos de ese rostro es que Dios Padre es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad.

- Primera Lectura (Éxodo 34, 6-7): "El Señor pasó ante Moisés, proclamando: -«Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad»".

o **El pueblo de Israel pide a Aarón que le haga un dios que sea visible, accesible, manipulable, al alcance del hombre, en vez de un misterioso Dios invisible, lejano. Aarón consiente, y prepara un becerro de oro.**

Benedicto XVI, Homilía, en la República de San Marino, 19 de junio de 2011

- **No obstante este gravísimo pecado del pueblo, Dios, por intercesión de Moisés, decide perdonar e invita a Moisés a volver a subir al monte para recibir de nuevo su ley, los diez Mandamientos y renovar el pacto.**

Este es el rostro de Dios. Esta auto-definición de Dios manifiesta su amor misericordioso: un amor que vence al pecado, lo cubre, lo elimina.

El primer pasaje que hemos escuchado está tomado del *Libro del Éxodo* —sobre él reflexioné en una reciente catequesis del miércoles— y es sorprendente que la revelación del amor de Dios tenga lugar después de un gravísimo pecado del pueblo. Recién concluido el pacto de alianza en el monte Sinaí, el pueblo ya falta a la fidelidad. La ausencia de Moisés se prolonga y el pueblo dice: «¿Dónde está ese Moisés? ¿Dónde está su Dios?», y pide a Aarón que le haga un dios que sea visible, accesible, manipulable, al alcance del hombre, en vez de este misterioso Dios invisible, lejano. Aarón consiente, y prepara un becerro de oro. Al bajar del Sinaí, Moisés ve lo que ha sucedido y rompe las tablas de la alianza, que ya está rota, dos piedras sobre las que estaban escritas las «Diez Palabras», el contenido concreto del pacto con Dios.

Todo parece perdido, la amistad ya rota inmediatamente, desde el inicio. Sin embargo, no obstante este gravísimo pecado del pueblo, Dios, por intercesión de Moisés, decide perdonar e invita a Moisés a volver a subir al monte para recibir de nuevo su ley, los diez Mandamientos y renovar el pacto. Moisés pide entonces a Dios que se revele, que le muestre su rostro. Pero Dios no muestra el rostro, más bien revela que está lleno de bondad con estas palabras: «Señor, Señor, Dios compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia y lealtad» (*Ex 34, 6*).

Un Dios que renuncia a destruir al pecador y que quiere manifestar su amor de una manera aún más profunda y sorprendente para ofrecer siempre la posibilidad de la conversión y del perdón.

Este es el rostro de Dios. Esta auto-definición de Dios manifiesta su amor misericordioso: un amor que vence al pecado, lo cubre, lo elimina. Y podemos estar siempre seguros de esta bondad que no nos abandona. No puede hacernos revelación más clara. Nosotros tenemos un Dios que renuncia a destruir al pecador y que quiere manifestar su amor de una manera aún más profunda y sorprendente precisamente ante el pecador para ofrecer siempre la posibilidad de la conversión y del perdón.

- **“El concepto de « misericordia » tiene en el Antiguo Testamento una larga y rica historia.**

- **Juan Pablo II, Enc. Dives in misericordia, 4:** “El concepto de « misericordia » tiene en el Antiguo Testamento una larga y rica historia. Debemos remontarnos hasta ella para que resplandezca más plenamente la misericordia revelada por Cristo. (...) La miseria del hombre es también su pecado. El pueblo de la Antigua Alianza conoció esta miseria desde los tiempos del éxodo, cuando levantó el becerro de oro. Sobre este gesto de ruptura de la alianza, triunfó el Señor mismo, manifestándose solemnemente a Moisés como « Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad » (*Ex 34,6*). Es en esta revelación central donde el pueblo elegido y cada uno de sus miembros encontrarán, después de toda culpa, la fuerza y la razón para dirigirse al Señor con el fin de recordarle lo que El había revelado de sí mismo (*Cfr. Num 14, 18; 2 Par 30, 9; Neh 9, 17; Sal 86 (85), 15; Sab 15, 1; Eclo 2, 11; Jl 2, 13.*) y para implorar su perdón”.

- **Jesús trata de hacer comprender la misericordia divina presentando como propio de Dios el comportamiento acogedor del padre del hijo pródigo.**

- **Juan Pablo II, 16/10/85:** “En la plenitud de los tiempos mesiánicos Jesús anuncia muchas veces la paternidad de Dios con relación a los hombres remitiéndose a las numerosas expresiones contenidas en el Antiguo Testamento. Así se expresa a propósito de la Providencia Divina para con las criaturas, especialmente con el hombre: vuestro Padre celestial las alimenta.' (*Mt 6, 26. Cfr. Lc 12, 24*), 'sabe vuestro Padre celestial que de eso tenéis necesidad' (*Mt 6, 32. Cfr. Lc 12, 30*). **Jesús trata de hacer comprender la misericordia divina presentando como propio de Dios el comportamiento acogedor del padre del hijo pródigo** (*Cfr. Lc 15, 11-32*); y exhorta a los que escuchan su palabra: 'Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso' (*Lc 6, 36*).”

- **“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu santo que nos ha sido dado” (Romanos 5,5).**

- **Biblia de Jerusalén, Romanos 5,5:** Es sobre todo un **principio interior de vida nueva** que Dios da (1 Ts 4,8, etc. ver: Lc 11,13; Jn 3,34; 14, 16 ss; Hch 1,5; 2,38; etc.; 1 Jn 3,24); se hace en el hombre **principio de fe** ((1 Co 12,3; 2 Co 4,13; ver 1 Jn 4 2s), **de conocimiento sobrenatural** (1 Co 2, 10-16; 7,40; 12,8s; 14,2 s; Ef 1,17; 3, 16.18; Col 1,9; ver Jn 14, 26+), **de amor** (Rm 5,5; 15,30; Col 1,8), **de santificación** (Rm 15,16; 1 Co 6,11; 2 Ts 2,13; ver 1 P 1,2), **de conducta moral** (Rm 8, 4-9.13; Ga 5, 16-25), **de intrepidez apostólica** (Flp 1,19; 2 Tm 1,7s; ver Hch 1,8+), **de esperanza** (Rm 15,13; Ga 5r,5; Ef 4,4), y **de oración** (Rm 8, 26s; ver St 4, 3-5; Judas 20). ().

- **Encontramos el contenido de ese amor en el Evangelio de hoy (Juan 3,16), según revelación del mismo Jesús: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.”.**

- Encontramos el contenido de ese amor en el Evangelio de hoy (Juan 3,16), según la revelación del mismo Jesús: “Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Hijo Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna.”. Es una iniciativa gratuita de parte de Dios, Dios es amor y es quien primero nos ha amado, como explica san Juan en su primera Carta (4, 9-10): “En esto se manifestó entre nosotros el amor de Dios: en que Dios envió a su Hijo Unigénito al mundo para que recibiéramos por él la vida. En esto consiste su amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que Él nos amó y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados”.

- ❖ B). El Hijo de Dios nos obtiene la participación en la vida eterna, que se nos comunica con el don del Espíritu Santo.

- **En el Evangelio de hoy: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (Juan 3, 16).**

Benedicto XVI, Homilía, en la República de San Marino, 19 de junio de 2011

- **Dios muestra que ama al mundo, que ama al hombre, no obstante su pecado, y envía lo más valioso que tiene: su Hijo unigénito que dio su propia vida por nosotros en la cruz y nos obtiene así la participación en la vida eterna que se nos comunica con el don del Espíritu Santo.**

El Evangelio completa esta revelación, que escuchamos en la primera lectura, porque indica hasta qué punto Dios ha mostrado su misericordia. El evangelista san Juan refiere esta expresión de Jesús: «Tanto amó Dios al mundo que entregó a su Unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna» (3, 16).

En el mundo reina el mal, el egoísmo, la maldad, y Dios podría venir para juzgar a este mundo, para destruir el mal, para castigar a aquellos que obran en las tinieblas. En cambio, muestra que ama al mundo, que ama al hombre, no obstante su pecado, y envía lo más valioso que tiene: su Hijo unigénito. Y no sólo lo envía, sino que lo dona al mundo. Jesús es el Hijo de Dios que nació por nosotros, que vivió por nosotros, que curó a los enfermos, perdonó los pecados y acogió a todos. Respondiendo al amor que viene del Padre, el Hijo dio su propia vida por nosotros: en la cruz el amor misericordioso de Dios alcanza el culmen. Y es en la cruz donde el Hijo de Dios nos obtiene la participación en la vida eterna, que se nos comunica con el don del Espíritu Santo. Así, en el misterio de la cruz están presentes las tres Personas divinas: el Padre, que dona a su Hijo unigénito para la salvación del mundo; el Hijo, que cumple hasta el fondo el designio del Padre; y el Espíritu Santo —derramado por Jesús en el momento de la muerte— que viene a hacernos partícipes de la vida divina, a transformar nuestra existencia, para que esté animada por el amor divino.

- **La gracia del Señor Jesucristo....**

Cfr. Juan Pablo II, Enc. *Redemptor hominis* («Redentor del hombre»).

- **El valor del hombre a los ojos del Creador, si ha merecido tal redentor; el único fin de la Iglesia es que el hombre pueda encontrar a Cristo; todo**

hombre ha sido redimido por Cristo; la unión de Cristo con el hombre es en sí misma un misterio, del que nace el «hombre nuevo», llamado a participar en la vida de Dios, es la fuerza que transforma interiormente al hombre como principio de una vida nueva que dura hasta la vida eterna.

Es la vida divina, que el Padre tiene en sí y que da a su Hijo y que es comunicada a todos los hombres que están unidos a Cristo.

- Enc. Redemptor hominis, 10: “¡Qué valor debe tener el hombre a los ojos del Creador, si ha «*merecido tener tan grande Redentor* (Misal Romano, Himno Exsultet de la Vigilia pascual) sí «*Dios ha dado a su Hijo*», a fin de que él, el hombre, «*no muera sino que tenga la vida eterna*»! (Cfr. Juan 3, 16)”
- Enc. Redemptor hominis, 13: “La Iglesia desea servir a este único fin: que todo hombre pueda encontrar a Cristo, para que Cristo pueda recorrer con cada uno el camino de la vida, con la potencia de la verdad acerca del hombre y del mundo, contenida en el misterio de la Encarnación y de la Redención, con la potencia del amor que irradia de ella.”
- Enc. Redemptor hominis, 14: “El hombre - todo hombre sin excepción alguna - ha sido redimido por Cristo, porque con el hombre - cada hombre sin excepción alguna - se ha unido Cristo de algún modo, incluso cuando ese hombre no es consciente de ello, «Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre» - a todo hombre y a todos los hombres - «... su luz y su fuerza para que pueda responder a su máxima vocación» (Conc. Vat. II, Const. Past. *Gaudium et spes*, 10).
- Enc. Redemptor hominis, 18: “Esta unión de Cristo con el hombre es en sí misma un misterio, del que nace el «*hombre nuevo*» (2 Pedro 1, 4), llamado a participar en la vida de Dios, creado nuevamente en Cristo, en la plenitud de la gracia y verdad (Cfr. Efesios 2; 10; Juan 1, 14.16). La unión de Cristo con el hombre es la fuerza y la fuente de la fuerza, según la incisiva expresión de San Juan en el prólogo de su Evangelio: «*Dios dioles poder de venir a ser hijos*» (Jn 1, 12). Esta es la fuerza que transforma interiormente al hombre, como principio de una vida nueva que no se desvanece y no pasa, sino que dura hasta la vida eterna (Cfr. Juan 4, 14). Esta vida prometida y dada a cada hombre por el Padre en Jesucristo, Hijo eterno y unigénito, encarnado y nacido «*al llegar la plenitud de los tiempos*» (Cfr. Gálatas 4, 4) de la Virgen María, es el final cumplimiento de la vocación del hombre. Es de algún modo cumplimiento de la «*suerte*» que desde la eternidad Dios le ha preparado. Esta «*suerte divina*» se hace camino, por encima de todos los enigmas, incógnitas, tortuosidades, curvas de la «*suerte humana*» en el mundo temporal.”
- Enc. Redemptor hominis, 20: “La vida divina, que el Padre tiene en sí y que da a su Hijo (Cfr. Juan 5, 26; 1 Juan 5, 11), es comunicada a todos los hombres que están unidos a Cristo.”

❖ C. La comunión del Espíritu Santo.

- **Juan Pablo II, Enc. *Dominum et Vivificantem (DV)*, El Espíritu Santo, Señor y dador de vida.**
- El Espíritu Santo es el dispensador de los bienes divinos (Cfr. DV 45, 46, 59, 63).
- El establece la comunión con el Hijo, especialmente en la Eucaristía (cfr. 1 Co 10,16-17). (Cfr. DV 22, 25, 41)
- Por medio de la comunión con el cuerpo de Cristo los cristianos quedamos unidos a Cristo y entre nosotros. En Juan 14, 16 y en Juan 14, 26, el Espíritu Santo es enviado por el Padre a petición de Cristo; en Juan 16, 7-11 es enviado por Cristo mismo.
 - **Juan Pablo II, Catequesis del 13/11/85: el Espíritu Santo os enseñará todo.**
- Juan Pablo II, 13/11/85: “En la perspectiva de la despedida de los Apóstoles Jesús les anuncia la venida de 'otro Consolador'. Dice así: 'Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, que estará con vosotros para siempre: el Espíritu de Verdad.' (Juan 14, 16). 'Pero el Consolador, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre, se os lo enseñará todo' (Juan 14, 26). El envío del Espíritu Santo, a quien Jesús llama aquí 'Consolador', será hecho por el Padre en el nombre del Hijo. Este envío es explicado más ampliamente poco después por Jesús mismo: 'Cuando venga el Consolador, que yo os enviaré de parte del Padre, el Espíritu de Verdad que procede del Padre, El dará testimonio de mí.' (Juan 15,26).”
 - **El Espíritu Santo, en su misterioso vínculo de comunión divina con el Redentor del hombre, continua su obra; recibe de Cristo y lo transmite a**

todos, entrando incesantemente en la historia del mundo a través del corazón del hombre.

La Secuencia de la solemnidad de Pentecostés: «padre de los pobres, dador de sus dones, luz de los corazones»; se convierte en « dulce huésped del alma». Descanso y brisa; consuelo ...

- Juan Pablo II, Enc. Dominum et vivificantem, 67: El Espíritu Santo, en su misterioso vínculo de comunión divina con el Redentor del hombre, continua su obra; recibe de Cristo y lo transmite a todos, entrando incesantemente en la historia del mundo a través del corazón del hombre. En este viene a ser — como proclama la Secuencia de la solemnidad de Pentecostés— verdadero « *padre de los pobres, dador de sus dones, luz de los corazones* »; se convierte en « *dulce huésped del alma* », que la Iglesia saluda incesantemente en el umbral de la intimidad de cada hombre. En efecto, él trae « descanso » y « refrigerio » en medio de las fatigas del trabajo físico e intelectual; trae « descanso » y « brisa » en pleno calor del día, en medio de las inquietudes, luchas y peligros de cada época; trae por último, el « consuelo » cuando el corazón humano llora y está tentado por la desesperación.

Por esto la misma Secuencia exclama: « Sin tu ayuda *nada hay en el hombre, nada que sea bueno* ». En efecto, sólo el Espíritu Santo « convence en lo referente al pecado » y al mal, con el fin de instaurar el bien en el hombre y en el mundo: para « renovar la faz de la tierra ». Por eso realiza la purificación de todo lo que « desfigura » al hombre, de todo « lo que está manchado »; cura las heridas incluso las más profundas de la existencia humana; cambia la aridez interior de las almas transformándolas en fértiles campos de gracia y santidad. « Dobleaga lo que está rígido », « calienta lo que está frío », « endereza lo que está extraviado » a través de los caminos de la salvación.(Cf. Secuencia *Veni, Sancte Spiritus*)

www.parroquiasantamonica.com

Vida Cristiana